

Los géneros del cartón

Un ejercicio humanista de provocación*

MARIANA HEREDIA**

Conocí el trabajo de Débora Gorbán en ocasión de un encuentro académico.¹ Entonces, como ahora, el trabajo de Débora expresaba, creo, un fastidio y una provocación. Por el lado del fastidio, me sentí inmediatamente identificada. El sentido común que domina en nuestros temas parecía condenarla a ella a relatar la sumisión y la sordidez de los pobres urbanos –en este caso, de una de sus expresiones más dramáticas: los cartoneros–; como me imponía a mí develar la omnipotencia y la indolente fortuna de las minorías privilegiadas. Me reconfortó comprobar que sus interlocutores se rebelaban, tanto como los míos, a esos encasillamientos. Y me alegró también, por ambas, que la exploración de mundos desconocidos nos llevara a poner en cuestión nuestros supuestos iniciales. Por el lado de la provocación, admiré su coraje. Hay que animarse a decir, en el análisis de los grupos socio-ocupacionales más pauperizados de las grandes urbes, que hay en ellos un cierto espacio de posibles, márgenes para las preferencias y las elecciones; que incluso en la privación, la sociedad nunca reduce al hombre a la pura necesidad.

Pero Débora no sólo se toma en serio el llamado a una mirada no etnocéntrica y miserabilista de los sectores populares: su relato contiene una suerte de advertencia historiográfica. Demasiado nos hemos acostumbrado a la letanía nostálgica que contrapone el buen orden industrial de los “treinta gloriosos” a la flexibilización salvaje del neoliberalismo. Algunas de las opciones y de los testimonios de los cartoneros estudiados en el artículo parecen formuladas para desafiar a los sociólogos con añoranza.

Por un lado, en este mundo con reglas laxas y horarios flexibles, se comprende cierto alboroto anárquico y ciertas experiencias libertarias. Casi es posible compartir el intercambio de las mujeres que esperan

* A propósito de “Salir con la carreta: restituyendo decisiones en un espacio de posibles” de Débora Gorbán.

** CONICET / IDAES – UNSAM.

1. En la VII Reunión de Antropología del Mercosur las organizadoras realizaron la interesante apuesta de convocar como comentarista de un panel etnográfico sobre sectores populares a una socióloga que, en mi caso, ha trabajado siempre problemáticas vinculadas con las elites. Si la invitación me resultó original e interesante, se reveló además, profundamente enriquecedora.

el tren, escucharlas conversar con picardía, hacerse chistes, olvidar un poco las labores cotidianas. Todavía más revelador es un testimonio de la tesis de Débora, en el cual un cartonero relata cómo se adueña de la ciudad al caer el día. Su descripción de las calles semi-desiertas, de los olores y los ruidos del final de la jornada, del rocío, de su libertad frente a los trabajadores “encerrados en una fábrica”, contiene una inmensa poesía. Dudo que los grandes gerentes que frecuento en mis entrevistas tengan hoy un contacto tan íntimo y sutil con Buenos Aires. Sólo si se desidealiza un poco el empleo industrial clásico –y se recuerdan sus horarios rígidos, sus tareas estandarizadas, sus jerarquías sociales y espaciales estancas, sus roles de género fuertemente establecidos- se puede comprender que la extrema informalidad pueda ser preferida a un trabajo previsible y mejor remunerado. Y esta preferencia nos habla también de las fuertes diferencias intra-categoriales. Si aquel orden industrial tenía ya un carácter fuertemente disciplinario, el abismo que separa hoy a los integrados y desintegrados del empleo formal es también el que opone la desinstitucionalización de una parte importante de los sectores populares -que no pertenecen o pertenecen errática y débilmente a organizaciones formales jerárquicas-, a una severidad y una explotación que se han ido volviendo cada vez más draconianas.

Por otro lado, aún sin explicitarlo, este orden de hombres y carretas descentra la desigualdad de las fábricas o de los más contemporáneos Ginis por ingreso sin perder de vista los procesos que articulan y atraviesan a las clases sociales. Demasiado nos hemos acostumbrado también a una noción de desigualdad que opone ricos y pobres, patrones y obreros, deciles superiores e inferiores de ingresos, sin considerar que los que se suceden en el tiempo no son órdenes más o menos desiguales (lo cual claro, es absolutamente posible) sino también y sobre todo principios de diferenciación y jerarquización diferentes. Los cartoneros estudiados por Débora no extrañan al patrón ni esperan que una organización jerárquica dé sentido a sus labores y a sus vidas. Como los jóvenes heavy metal que contraponen Svampa a los obreros metalúrgicos, el vínculo de esos jóvenes y de estos cartoneros con el trabajo es bien distinto: ninguna relación de dependencia laboral ha marcado perdurablemente sus trayectorias. Sus identidades se constituyen hoy mucho más en los consumos que en los esfuerzos invertidos para alcanzarlos. En el extremo opuesto, pero igualmente ajenos al mundo del trabajo y al compromiso durable con las organizaciones productivas, están los accionistas que digitan con sus desplazamientos la di-

námica del capitalismo actual. Poco sabemos y comprendemos sobre ellos, más allá de algunas ganancias y consumos ostentosos que fascinan y escandalizan a los voyeuristas contemporáneos. Vasto desafío reconstruir las tramas de la desigualdad social hoy, frente a la distancia y la opacidad que separa a sus polos. La apuesta desprejuiciada y provocativa de la autora es oportuna y auspiciosa.

Como bien lo subraya el artículo, con el debilitamiento del orden industrial, una parte de su jerarquía de valores y retribuciones se ha visto trastocada. Débora invita entonces, al inscribir la salida con la carreta en las tramas barriales y las dinámicas familiares a cuestionar el ordenamiento simbólico que ubicaría al cartoneo en la base de la pirámide ocupacional y que circunscribiría a la estabilidad y los ingresos las únicas recompensas posibles para la fuerza de trabajo. Se ha dicho con insistencia, las sociedades de hoy son menos monolíticas en sus sistemas de valores, menos eficaces en la definición de una única pirámide valorativa. Probablemente, los cartoneros de hoy se avergüencen menos que los obreros de ayer de su suerte. Los sectores populares han construido o reforzado esquemas propios de valoración y preferencia. Deberían considerarlo quienes, desde discursos economicistas, olvidan que no alcanza con incrementar el salario para que este beneficio compita con los planes, para que las estrategias familiares se adapten instantáneamente a los vaivenes del mercado de trabajo, para que la mano de obra se incorpore tan rápidamente al trabajo como fue excluida de él.

No obstante, hay algo así como un potente residuo simbólico del orden industrial que sigue marcando a fuego la relación entre los géneros. Queda claro que varones y mujeres atribuyen sentidos distintos al hecho de salir con la carreta. También es evidente que las parejas de Eva y Nora preferirían retenerlas en el hogar y que la dignidad de ambas siguiera dependiendo del cumplimiento de sus roles de madres y esposas. Las cartoneras y sus cónyuges consienten esta trasgresión sólo relativizando lo que en ella podría poner en cuestión la severa distinción entre varones y mujeres. En suma, Débora nos convence de la vigencia de las identidades tradicionales de género en los sectores populares más pauperizados y, sin embargo, uno se queda un poco con las ganas. ¿Cuánto de esta distinción entre salir y trabajar es una diferencia sustantiva en los modos de proveer económicamente el hogar y cuánto una mera treta discursiva para no herir la sensibilidad de parejas que siguen adhiriendo a ideales segmentados de masculinidad y feminidad? ¿Cuánto el trabajo, tal y

como lo postula el decálogo del Estado providencia tiene real vigencia en los varones de los sectores populares estudiados por la autora? Se alude aquí y allá, casi se coquetea en el texto con distintas explicaciones, pero el interrogante queda un poco en suspenso: ¿En qué medida las trayectorias maritales y laborales, las decisiones conjuntas y personales, los ciclos de bonanza y privación conservan o desdibuja, ajustan o desajustan la distancia entre los ideales de género y las prácticas efectivas con que cartoneros y cartoneras organizan su vida en familia?

Y así, tanto en las conclusiones que instala como en las preguntas que estimula, el artículo de Débora resuelve su fastidio con provocación y lo hace creo, de un modo que es intelectual y políticamente eficaz. Buen complemento de las estadísticas sociales que cuentan pobres y calculan privaciones, este tipo de etnografías sitúa la problemática de la pobreza en preocupaciones teóricas clásicas y en apuestas políticas promisorias. No se puede pensar a los cartoneros sin pensar a la vez a sus barrios, sus vecinos, sus familiares y las tramas que se siguen construyendo entre los espacios públicos y privados. No es posible comprometerse con la defensa de los grupos sociales más débiles sin reconocerles la capacidad, incluso en la privación, de trascender esa falta. El humanismo no se nutre solo de la consternación frente a la pobreza, es tanto más potente cuando detrás de esas carencias reconoce a un semejante, a un par cuyos afectos y sensibilidades los acompañan, con la carreta, por las calles de la gran ciudad.